

Mas ved lo que hace la Iglesia luego que está segura del crédito que merece un intérprete. Bossuet distribuye en todas las provincias de Francia cincuenta mil ejemplares del Nuevo Testamento del P. Amelotte, y otros muchos libros religiosos, en lengua vulgar. ¡Vedla cómo no quiere retraer de los fieles la palabra de Dios!

Desde el momento en que Lutero dió principio á su traduccion de la Biblia, la obra empezó á estar amenazada.

Sus discípulos se insubordinan, y apelan á la misma palabra con que él queria probar su apostolado.

CAPITULO XIX.

LOS PROFETAS.—1521-1522.

La Reforma se fracciona contra ella misma.—Lutero, orador.—Marco Stübner.—Storck.—Munzer.—Los profetas combaten las doctrinas de Lutero.

La autoridad no habia sido derrocada por Lutero; solo consiguiere quitar al Papa, ó sea á la autoridad viviente, su diadema, para asentarla sobre un signo mudo, á quien apelaba el Verbo de Dios, y que, apenas salido de sus labios, no era otra cosa para sus discípulos que una palabra humana. Como Lutero habia considerado el simbolo católico, asi Carlostadio juzgaba el luterano. En vez de buscar la verdad en una teocracia viviente, iban á someter el entendimiento á las decisiones de una democracia religiosa; el sacerdocio estaba en el pueblo: por la consagracion del principio del libre exámen, el pueblo conquistaba un reino, el del dogma. Porque la creencia, por medio de la duda, no es mas que el reino de la fe abandonado á todo el que sabe leer. Desde el punto en que la Reforma se refugió en la Escritura para libertarse del poder del sacerdote que por espacio de quince siglos fuera considerado como el Vicario de Jesucristo en la tierra, los Libros Santos ha-

bían de facilitar textos inmensos á todo el que aspirara á rebelarse contra Lutero, y á sus teólogos.

La gran ley del Talion iba á cumplirse con el apóstol de Sajonia. El pueblo, á quien él arrojaba la corona, debía, como primer acto de su soberanía, romper el instrumento que le sirviera para hacerse Rey. Mientras que Lutero estuvo en Wiltemberg en medio de sus adeptos, oculto permaneció el espíritu de revueltas, espantado á la vista del doctor, cual si fuera á la de un fantasma.

Si subía á la tribuna, el pueblo esperaba con ansiedad la palabra que debía salir de sus labios. Sus ojos centelleaban en una órbita de fuego; su espaciosa frente, su rostro encendido, su gesto amenazador, su voz atronadora y el ardoroso aliento que rebosaba de su pecho, llenaba de terror el alma ó la sumía en la enajenación.

Adivinábase que Lutero estaba en el púlpito por la trabajosa y entrecortada respiración del auditorio que le escuchaba, como si la boca del orador, dice Calvino, fuese el eco de un oráculo.

No seremos nosotros los que oscurezcamos la gloria literaria de Lutero. Nadie como los escritores católicos le han ensalzado y celebrado. Uno de ellos, y muy poco conocido ciertamente, Florimond de Remond, ha hecho una pintura del fraile sajón, que bien pudiera considerarse obra de nuestro Bossuet.

La naturaleza le había prodigado sus dones, tanto en lo físico como en el espíritu. Nacido en Alemania, pueblo tosco, tenía una imaginación viva, memoria feliz, con gran facilidad para explicarse, y aventajando á los de su edad en fecundia y elocuencia. En la tribuna, lleno de ardor y de pasión, con facilidad daba vida á cuanto sus labios pronunciaban, y arrebatábase como un torrente el ánimo del auditorio, difícil de conmover en los pueblos del Norte, gente fría y apática, que pronunciaban sus discursos y leyendas sin ninguna animación, como si fueran inmóviles estatuas. In-

fatigable para el trabajo, siempre sobre los libros, con la pluma en la mano; poseía un gran corazón y osadía para emprender y llevar á cabo lo que el odio y la pasión le dictaban, y aunque familiar y afable, sabía elevarse aun sobre los hombres mas eminentes cuando se presentaba como profeta. Su instrucción era grande, habiéndose familiarizado, y con felicidad, con los buenos libros, por el espacio de catorce años que permaneció en el claustro; de modo que no había sofista que no balbucease en su presencia si osaba sostenerle la polémica, fuese en filosofía, fuese en teología.

Pero todas estas bellas cualidades fueron afeadas y estuvieron contrapuestas por grandes y graves vicios.

Era por una parte grosero, altivo, insolente é insociable. Su lengua estaba ordinariamente empapada en vino, y con la maledicencia en los labios: tan poco arreglado en sus costumbres, como constante y obstinado en sus doctrinas, que ha variado y vuelto á variar durante la vida tantas veces cuantas el sol ha comenzado su carrera: era enemigo declarado de todo yugo, austeridad y penitencia que embotase la ira de Dios.

Lutero conocía el secreto de los dones, que Dios le había concedido. Su palabra armonizaba maravillosamente con las formas exteriores. Ya vagaba en un desorden profético, hasta la borrachera, según la expresión de Erasmo; ya veleidoso como una mujer, se servía de la alegoría, á manera de velo, para dejar que le adivinaran: sucesivamente se mostraba sencillo como la parábola, lírico como la oda, audaz como el águila, ó cándido como la blanca paloma, según Merzel; tan poco cuidadoso del arte humano, como despreciador de todo freno; tan loco en sus medios, que mas que la palabra de un sacerdote parecía la de un otro *Hans de Sachs*. Seducidos aparecían los católicos, atribuyendo á la influencia de los espíritus malignos aquel falaz encanto que, al decir de sus discípulos, era inspirado por el

Espíritu-Santo: ¡organización maravillosa, nacida para mostrarse soberana y dominar en los tumultos! Si la trasportárais á la época de los Griegos, hubiera arrastrado en pos de sí al Senado y al pueblo. Si al tiempo de las Cruzadas, hubiera hecho, si á su voluntad cuadrara, los milagros de San Bernardo. Colocadla en una asamblea parecida á la Constituyente, y hubiera oscurecido á Mirabeau, una vez que la fe le dominara; en el siglo xvi colocado, llevadle al púlpito, y, á no haber desertado del catolicismo, hubiérase tenido en él un Bridaine.

Una vez oculto en la Wartbourg el astro luterano, no se temían en Wittemberg sus rayos abrasadores. Pero de repente se ven salir del suelo, fecundados por su luz, multitud de engendros, propagadores de sus doctrinas, presentándose como otros tantos centros solares, cuya luz habia de guiar y conducir las inteligencias de allí adelante. Subían al púlpito, ó, por mejor decir, al primer guarda-canton que á su paso encontraban, y formaban una tribuna. Valiéndose de las palabras de un Apóstol, decían al pueblo:

«Aquí tenéis á Cristo. Vosotros le encontrareis sobre las montañas: al oír nuestros pasos se ha retirado á la soledad; habita los bosques: venid á escuchar la voz que habla dentro de vuestros corazones.»

Constituyendo Lutero la Escritura en el Código único de la fe, establecía implícitamente la necesidad de una llama interior que iluminara el entendimiento del que quisiera conocerla, y trasformaba al hombre en ángel de verdad, en quien el espíritu de Dios se encarnaba. La Biblia era el trípode al que el fuego del cielo descendía para inspirar al que en ella la buscaba. Lutero renegaba de sus profetas; pero confesaba que eran hijos de sus obras, y los protestantes en el día de hoy admiten este Génesis.

Demos á conocer ahora á estos miserables abortos, que rompían la concha dentro de la que les queria encerrar Lutero. Marco Stubner el humanista, Claug Storck el pana-

dero, y el clérigo Munzer, hombres los tres de organizaciones completamente opuestas, muy descoloridos delante de Lutero, pero que á nacer medio siglo antes hubieran podido arrastrar á la revuelta contra el catolicismo una parte de la Europa. Para juzgar sus instintos huyase de estudiar á Melanchthon ni á Lutero, que los han calumniado. En especial el primero, que, seducido algun tiempo por su lenguaje, y á poco desengañado, cree vengar su buena fe comprometida denigrándoles, espiando su defección sacrificándolos á la gloria de su maestro.

Marco Stubner era una de esas almas enfermas por el estudio y la meditacion, á los que llama el mundo visionarios, los médicos hipocondríacos, y los romanceros poetas. Dementes desgraciados, que, habiendo abandonado los caminos del bien, se engolfan en los mundos imaginarios, para encontrar la verdad, que siempre se les escapa: monómanos que, estando despiertos, creen ser visitados por Dios, y sueñan ensueños al modo de los profetas de la antigua ley. Si por un momento os prestais á seguirlos en sus mundos ideales, productos de un cerebro alucinado, os quedareis asombrados de la poesía que llena sus relatos, y mucho riesgo correreis de veros burlado, ó de ser por ellos conquistado. Tal era Marco Stubner, á cuyo saber literario ha prodigado elogios el mismo Melanchthon.

Nicolás Storek, que habia abrazado la Reforma con todo el entusiasmo de un neófito, habia nacido en Zwickan, y cambió su nombre por el de Pelargus. En vano buscareis en su palabra de artesano algunas de aquellas llamas ardientes que producen en la dición de Lutero el efecto de una saeta, ni en sus miradas alguno de aquellos rayos con que la vista del reformador fascinaba á quien le escuchaba. Su frase era seca, descarnada, sin color, como su semblante; pero no carecía de algunos atractivos, porque era suave, clara é insinuante. Su figura, llena de arrugas, encorvada por el trabajo, y livida como la de un cadáver.

Se le hubiera tenido por un muerto resucitado, que subía al púlpito á anunciar á Dios. Y como un muerto sacado á la luz forcejearia por desasirse de la tumba que de él intentara apoderarse, así Storck se tropezaba con su auditorio, y pocas veces dejaba de alcanzar el triunfo.

Munzer, cura de Alstaedt, en la Turingia, era cosa muy diferente. Su voz sonaba como una campana. Solo habia estudiado á los Profetas en los Libros Santos, para tomar de ellos la audacia de la espresion y sus fogosos conceptos.

Si observaba que su auditorio se perdía en ideas extrañas al asunto y se distraía, daba una patada en el suelo, y daba á los sonidos de su voz el estrépito de una trompeta. Los oyentes despertaban sobresaltados, y temblaban como si hubieran sido llamados por el ángel del juicio. Sus anchos vestidos, sus cabellos cayendo en forma de rizos sobre sus espaldas y alrededor de su persona, sus ojos parados á dos carbones encendidos, sus labios epilépticos, le daban el aspecto de un aparecido. Satanás le hubiera tomado por modelo, á haber subido al púlpito.

Gustábase perorar al aire libre, en medio de los campos, en donde las maravillas de la creacion le servian de ordinario para testo de sus discursos. Para él el cielo era un libro tan fecundo y poderoso como la Biblia. Cuando su mirada llena de inspiracion se fijaba en el firmamento, señalando en él la imágen y la voluntad de Dios, la inmensa multitud de hombres y mujeres que arrastraba tras de sí, y se perdía por entre los árboles de los bosques, prorumpia en gemidos y gritos, dando á esta escena un colorido fantástico y salvaje.

Munzer era el hombre de las plazas, el diablo encarnado, según Melancthon, en rebelion abierta contra todo aquel que llevara tiara, diadema, armiño ó espada. Mientras que Lutero escribia: «Pidamos á Dios por el principe Federico; si él no existiera, la salvacion de nuestra Siria estaba perdida,» Munzer gritaba á la multitud:

«¡Desgraciado de aquel que se apellide nuestro amo! ¡Nosotros no tenemos otro señor que el que está en los cielos!»

Ved cómo se explica el por qué el anabaptismo no tuvo jamás altar en Sajonia. Munzer habia comprendido mas á su siglo. Debia haberse ganado á los magnates, y el pueblo de suyo le hubiera seguido. Los principes lo ganaban todo abrazando el Evangelio luterano. La apostasia les daba el oro en abundancia. Matando el antiguo culto, heredaban sus despojos. Era un hermoso incentivo. El nuevo bautismo de los fanáticos, en vez de añadir un solo clavo de oro á su trono, le rompía como el vidrio, borraba todos los signos de la majestad, y los hacia simplemente hijos de Dios.

Munzer, por lo tanto, emprendía una obra de difícil éxito, y sin los caminos de revuelta que le habia abierto Lutero, su reinado hubiera sido de corta duracion. Él no tuvo razon para no llevarse bien con Lutero, á quien escribia:

«Os amo cuando os veo atacar tan animosamente al Papa; pero vuestros casamientos de frailes y monjas son verdaderos incestos.»

Veamos ahora cómo se manejaron Munzer y Storck para hacerse superiores á Lutero:

Storck venia desde luego con esa palabra dulce y cariñosa que hemos descrito, y decia: «¡Gloria á Lutero, que ha roto la tirania con que Roma nos esclavizaba, y nos ha libertado del papismo y de la supersticion! ¡Gloria al doctor, que nos ha enseñado la verdadera naturaleza de los sacramentos de Jesus! ¡Gloria al apóstol del Señor, que nos ha enseñado que la fe es la que únicamente justifica! ¡Qué eficacia, pues, podria tener el bautismo cuando le hemos recibido? ¡Crefamos entonces? Luego es preciso creer para merecer.»

El argumento del panadero era especioso, porque el ni-

ño recién nacido no cree, porque para ello no tiene disposición, y de aquí deducia la necesidad de un segundo bautismo. Pero no era esto todo.

Al inmediato día el auditorio, en mayor número, acudia al predicador.

Storck le decía:

«¿Creer! Pero, ¿quién será el que nos diga si es cierto que nosotros creemos? Solo Dios, que se revela al hombre, que le visita en sus sueños, que le hace leer en los misterios, iluminándole por medio de sus revelaciones.»

La multitud le escuchaba silenciosa, y le preguntaba quién era la persona á la que Dios se mostraba de esta manera.

Storck los dejaba engolfarse en estas ideas; disolvía la reunión, y dejaba para el día siguiente la parte especiosa de nuevas proposiciones.

La concurrencia aumentaba diariamente; los trabajadores abandonaban sus talleres; las mujeres los quehaceres de sus casas, para oír al nuevo profeta: los sabios y los magistrados se mezclaban con el pueblo, y el pueblo les rechazaba para acercarse mas al orador. Storck creía: su palabra se hacia cada vez mas libre. Un día dijo á sus discípulos. Tened en cuenta lo que voy á anunciaros: Dios me ha enviado un ángel durante la noche, y me ha pronosticado que me sentaría sobre el mismo trono que ocupó Gabriel. Que tiemble el impío; que espere el justo. El impío será oprinido, y el elegido de Dios será Rey sobre la tierra. A mí es á quien el cielo ha prometido el imperio del mundo. ¿Quereis vosotros ser visitados por Dios, como lo he sido yo? Pues preparaos á recibir al Espíritu-Santo. Abajo los púlpitos para anunciaros la palabra divina; abajo los sacerdotes, los predicadores y todo culto estérno; vestidos modestos; un alimento grosero, pan y sal, y Dios descenderá sobre vosotros.»

El populacho se dejaba conducir: no se hablaba de otra

cosa que de visiones y del trato íntimo con el Espíritu-Santo. Los hombres de letras vacilaban; algunos de ellos se veían completamente seducidos.

Se vió un día á Carlostadio recorrer las calles de Wittenberg con la Biblia en la mano, deteniendo á los que por ellas transitaban, para preguntarles el sentido de algunos pasajes difíciles de los Libros Santos. «¿Qué haceis, le decían los frailes agustinos. ¿No reparais que prostituís el título de doctor?»

A lo que él respondía: «¿No está escrito que la lucha de la verdad fluye de los labios de los niños? Estoy cumpliendo los mandatos del cielo.»

No era ciertamente lo que este desgraciado buscaba: si él hubiera podido leer en su corazón, hubiese hallado la picadura del gusano del orgullo que le despedazaba.

El yugo de Lutero le era insoportable, y lo arrojaba de sí. Lutero habia ocupado al mundo por bastante tiempo. Carlostadio queria antes de morir robar al maestro algunos rayos de luz con que adornar su frente decrepita. Solo buscando celebridad habia abjurado el catolicismo, y á la verdad que este acto no le valió ni una sola mirada de los maestros de la Reforma. Renegaba con este motivo de Lutero para evadirse, soltarse de la risa satánica, que se obstinaba en perseguirle hasta los bordes mismos del sepulcro, y para mayor seguridad de alcanzarlo, iba á romper las imágenes que adornaban la iglesia de Todos los Santos. Erostrato, con un corazón frío, sin entrañas, cayó, no bajo el peso de las estatuas de piedra, sino bajo el aplastador del ridículo.

Para esto el gallo cantó mas de tres veces, por cuanto apostató otra vez mas antes de morir, renegó de Storck y del anabaptismo, para hacerse sacramentario. Munzer era muy diferente que Carlostadio para Lutero, un rival mucho mas peligroso. Podreis juzgar si comprendia la teoría de una revolución religiosa. No se limita á sentar los dogmas

de su creencia; desde luego se rebela contra la sociedad. Es un Sanson, que menea las columnas del templo sin temor de ser aplastado entre las ruinas. De un salto llega adonde no logró verse Storek sino despues de largos rodeos; él quiere organizar la revolucion sembrando vientos para recoger tempestades.

«Hermanos, les decia: todos somos hijos de Adán; nuestro padre es Dios. ¡Y contemplad lo que hacen los grandes señores de la tierra! Ellos, los malditos, han rehecho la obra de Dios, y creado títulos, privilegios y distinciones. Para ellos el pan blanco, para nosotros los trabajos mas penosos; para ellos los ricos vestidos, para nosotros los andrajos.

«La tierra, ¿no es de todos, como herencia comun? ¡Y nos la arrebatan! ¿Cuándo, por ventura, hemos renunciado á la herencia de nuestro Padre? Que nos enseñen el acta de cesion. No existe: ricos del siglo, que nos teneis reducidos á la esclavitud; que nos habeis despojado: apresuraos á devolvernos nuestra libertad; dadnos el pan que nos pertenece. No venimos como hombres á pedir hoy lo que se nos ha robado, sino que nos presentamos tambien como cristianos. Cuando nació el Evangelio, los Apóstoles partian con sus hermanos en Jesucristo los dineros que arrojaban á sus pies: devolvednos los *groeschen* de los Apóstoles que injustamente reteneis: rebaño desgraciado de Jesús, ¿hasta cuándo has de gemir en la opresion bajo el látigo de los magistrados?»

Despues de esto, el profeta cae atacado repentinamente por los síncope de la epilepsia: sus cabellos se erizan, su frente se contrae, y abundantes espumarajos salen de su boca. El pueblo grita: «¡Silencio! Dios visita á su profeta.»

El éxtasis duró algunos instantes: Munzer recobra sus sentidos, y cuenta al pueblo las visiones que habia visto: en seguida, hincándose de rodillas, alza las manos al cielo, y dice:

«Dios eterno! Dadme los tesoros de vuestra justicia: si me abandonais, yo renunciaré á vos y á vuestros Apóstoles.»

Cierto día un discípulo de Lutero, que estaba mezclado con las turbas populares que cercaban al predicador fanático, le interrumpió arguyéndole con la Biblia.

«*Bibel, Bibel!* responde Munzer gritando.

«¿Y por qué desechas tú la Escritura? replica el luterano. ¿Quién te conducirá en tus caminos?»

«El Señor. Si dejase de visitarme como á los profetas, yo le negaría. El espíritu del Señor entra en mí por medio de un soplo, y por medio de otro sale. Yo quisiera que Dios no viniese á mí. ¿Sabes lo que haria?»

Y señalando al arroyo, dijo:

«Echarle eso en cara.»

El pueblo siguió á Munzer en tropel, y besaba sus vestidos, y hasta el polvo de sus zapatos, porque amaba su lenguaje y modales groseros, sus arrebatos y sus estáticas pantomimas. Los escolares, repitiendo su grito de guerra *Bibel, Bibel!* abandonaron las Universidades; y llevando al cementerio del olvido sus libros de testo, allí esparcieron sus cenizas. Lutero tuvo su vuelta, como Leon X. Las mismas manos infantiles que tres años antes habian arrojado cieno á la veneranda faz del Sumo Pontífice, embadurnaban ahora de tinta la figura del reformador, que poco tiempo antes se inflaba de risa con los insultos de estos imberbes teólogos contra Tezel. En su ausencia, nadie se cuida del ultraje hecho al padre de la Reforma, porque todos los espíritus que habian escuchado á Lutero estaban trastornados y dudosos, próximos á sumergirse, por decirlo así, en este mar proceloso de contradicciones, de falacias y de palabrería inconveniente.

Un dia un discípulo, consultando mas bien su insensato celo que su ciencia en lo que iba á tratar, se empeña en disputar con los profetas. Martin Cellario, llevando en su

manan la Biblia abierta por donde dice: «Dejad que se acerquen á mi los niños, porque de ellos es el reino de los cielos,» decía: «Escuchad: si el reino de los cielos pertenece á los niños circuncisos, ¿por qué no habrá de pertenecer también á los bautizados? Si el uno cree, ¿por qué no habrá de creer el otro? Luego es inútil el bautizarlos.» El argumento era especioso, y Lutero, con su vasta erudición bíblica, no tuvo bastante fuerza para batir el anabaptismo.

Mas por desgracia Cellario abandona la Escritura, y se entrega en brazos de la autoridad de Lutero, como un católico en la de la Iglesia: llega el caso de que invocara los escritos del cenobita sajón. El anabaptista se asió prontamente á su argumentador; abrió sus poderes, y halló una porcion de proposiciones, que parecian favorecer las doctrinas de Storck y de Munzer. Cellario balbuceó; entorpecida su lengua, no halló mas que sonidos flojos y afeminados. Estrechado, oprimido, atemorizado por su adversario, que no le dió un minuto de descanso, Cellario perdió la cabeza, y no volvió á proferir palabra alguna sino para confesarse vencido.

Aquel dia quedó constituido el anabaptismo.

Ua dia un discipulo, consultando mas bien su instinto que su ciencia en lo que iba á tratar, se encierra en disputar con los profetas. Martin Cellario, llevando en su palabrera incoherente.

en este mar proceloso de contradicciones, de falsedades, y de raras y raras, próximas á sumergirse, por decirlo así, espíritus que hablan escuchado á Lutero, estaban trator del ultraje hecho al padre de la fe, porque todos los pes teólogos contra Teol. En su silencio, nadie se cuida de antes se infundía risa con las insulias de estos imber- dia ahora de tanta la fuerza del torcedor, que poco á poco ciano á la vez en el mismo Pontific, en el mismo Pontific- mas en los insulias que los años antes hablan avergado sus cenizas. Lutero tuvo en vista, como hacia X. las mis- al comun.

CAPITULO XX:

REGRESO Á WITTEMBERG.—SERMON SOBRE EL MATRIMONIO, 1521-1522.

Lutero quebranta su destierro, y vuela á Wittemberg.—Su cólera.—Ataca á Carlostadio y los destructores de imágenes.—Les pide milagros para probar su doctrina.—Entrevista de Marco Stubner y Lutero.—A su vez Stubner pide tambien milagros al reformador.—Himnos á la autoridad.—Entrevista de Munzer y Lutero.—Proscripcion de Storck y Munzer.—Opinion de Erasmo sobre el discurso de Lutero acerca del matrimonio.—Pensamiento oculto de Lutero.—El duque Jorge se horroriza de la osadía del cenobita.—Staupitz abandona á Lutero.

VEIA Lutero desde la Wartbourg todas estas tempestades. Sus amigos le llamaban; Melanchthon, Jonás, Amsdorf, le escribian: «Ven, si no perecemos.»—«Si, yo iré, respondia Lutero, sin detenerme; el tiempo es perentorio; Dios me llama; oigo su voz. ¡A Wittemberg, á Wittemberg; allí está mi rebaño; allí mis hijos en Jesucristo! Seria yo culpable de su sangre si no estuviese al lado de ellos, y por quienes estoy pronto á sufrirlo todo, hasta la misma muerte. «Satanás ha aprovechado mi ausencia para introducir el desorden en mi rebaño: quiero arrancarle mis ovejas, porque son mías, y de ellas respondí al Eterno Padre: iré, porque aquí es inútil mi pluma, y allí mi boca y mis oídos...»